

Las voces de las mujeres. Los retos de los feminismos actuales. Inmaculada Postigo Gómez

Decana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

«Nuestro enemigo es el miedo,
y ese lo llevamos dentro»

Domitila Barrios de Chungara (1937—2012).
Mujer minera, indígena, boliviana,
que logró derribar una dictadura.

«No debemos ser realistas; es un error, porque
si somos realistas siempre adaptamos nuestra
estrategia a la realidad, y lo que tenemos que
hacer es construir una nueva realidad.»

Judith Butler. Filósofa feminista.

LOS CAMBIOS HISTÓRICOS SUELEN ESTAR jalonados por momentos de acción-reacción, si bien ellos suelen ser las gotas que colman los vasos y que generan un cambio visible, pero que se ha ido fraguando por la confluencia de múltiples acontecimientos durante todo el proceso.

Como es bien sabido, existe un generalizado consenso en datar el nacimiento de los movimientos feministas en el siglo XVIII, cuando Olympe de Gouges, y como reacción a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada en 1789 en plena Revolución Francesa, responde alzando por primera la voz, con la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, primer documento que reivindica la igualdad jurídica de las mujeres. A ello le sigue Mary Wollstonecraft en 1792 con *Vindicación de los derechos de la mujer*, considerado como el texto fundacional y tronco común del feminismo. Pero la reacción a estas voces que comienzan a amenazar el *statu quo* del patriarcado no se hace esperar, y en el Código Napoleónico (Código

Civil Francés aprobado en 1804 y, aunque con numerosas reformas, aún en vigor) se anulan los derechos civiles de las mujeres, exigiéndoles, además, la obediencia a sus maridos. Dicho código irradió su influencia en otras legislaciones europeas de la época.

Pero a pesar de la reacción y aparente retroceso, por primera vez, se ha dado un paso importante que retomarán los movimientos sufragistas en EE.UU. e Inglaterra, saliendo del ámbito únicamente intelectual para pasar al activismo social. Es entonces cuando surgen las manifestaciones, los panfletos, las huelgas de hambre, los sabotajes, considerando que el derecho al voto será la base para la consecución del resto de derechos. A partir del final de la Primera Gran Guerra comienza a ser una realidad que las mujeres puedan votar (Inglaterra 1918, EE.UU. 1920...) eso sí, no con carácter universal, pues en la mayoría de ocasiones tenían que cumplir requisitos añadidos, referentes sobre todo a la edad o raza. Es cuando aparece el germen de

10

lo que luego se desarrollará al tomar conciencia de las opresiones superpuestas a las que necesariamente hay que atender: a las que surgen por el mero hecho de ser mujer y que son incrementadas por otras como la etnia o la clase social.

Otro parón de los movimientos sucede entre las dos GM: las mujeres ya tienen voto y comienzan a entrar en la universidad, provocando ello una desmovilización que no se reactiva de nuevo hasta la aparición de Simone de Beauvoir con *El segundo sexo* en 1949, y su conocida máxima «no se nace mujer, se llega a serlo». Se despierta de nuevo la conciencia de muchas mujeres que no se sienten satisfechas con el papel que en este periodo de paz ocupan en la sociedad, y es a partir de Betty Friedan cuando resurgen movimientos sociales como NOW (National Organization for Women), que aún hoy sigue creciendo y evolucionando: en los años 60 con el feminismo liberal que busca la inserción en el mercado laboral y en los espacios de poder, y, paralelamente, con el feminismo radical que lucha contra la opresión derivada del patriarcado, fruto de las estructuras de poder que se muestran en todos los ámbitos de la vida, ya sean públicos o privados, ya sea social, político, científico, o económico.

Pero no es hasta el año 1989 cuando Kimberlé Crenshaw, al acuñar el término «interseccionalidad» por primera vez, hace que aquella semilla sembrada a partir de las sufragistas que a pesar de conseguir el derecho al voto no alcanzaron que éste fuera universal, contribuya a que comience a cuestionarse para qué «mujer» trabaja el feminismo. Se constata que no se puede hablar de un único modelo de mujer, sino de mujeres, ni de un único feminismo que atienda a un colectivo dominante, pues las cuestiones personales, sociales, étnicas, religiosas, nacionales, etc, influyen en los tipos de opresión a los que estamos expuestas, y estos colectivos no pueden quedar excluidos. Se hace necesario hablar de feminismos diversos

que atiendan a las necesidades de cada colectivo (feminismo negro, postcolonial, ecofeminismo, queer, comunitario, etc..)

Y es en el nuevo siglo cuando crecen y se consolidan dichos movimientos, que dando un paso más allá del plano intelectual, toman conciencia de la necesidad de que lleve aparejado un activismo social que sume fuerzas y visibilice y acerque a aquellas personas que nunca antes habían considerado que la desigualdad entre hombres y mujeres fuera un problema relevante. Acciones puntuales y muy concretas centradas en un único aspecto, provocan manifestaciones y adhesiones multitudinarias, cuya eficacia, más allá de conseguir un cambio puntual del hecho concreto, tiene un carácter simbólico fundamental, pues pone en la agenda pública y en la conciencia de las personas la necesidad de lucha contra el patriarcado.

El #MeToo, donde millones de mujeres alzan la voz y exponen la violencia sexual a la que han sido sometidas, cayendo sobre todo el poder de la industria mediática personalizado en el caso Weinstein, que luego se extenderá a otras figuras de la todopoderosa industria de Hollywood; los movimientos de #NiUnaMenos, nacidos en Argentina y que contagian al resto del mundo; las movilizaciones recientes contra el nombramiento del Juez Kavanaugh en el Tribunal Supremo de EE.UU. por estar acusado de violación por diferentes mujeres; las luchas a favor de la legalización del aborto, que si bien algunas no han llegado a cristalizarse con cambios legislativos (Argentina), sí que siembran la semilla para continuar avanzando y ponen el foco en problemas sobre los que hay que actuar. Por eso, más allá del cambio real que en muchos casos no se ha producido aún, sí que consiguen el impacto simbólico que determinará, en un futuro cada vez más próximo, el avance, como se demuestra, por ejemplo, con el resultado de las recientes elecciones legislativas en EE.UU. el pasado 6 de Noviembre de 2018, donde nunca antes se habían presentado ni resultado elegidas

«Todo esto muestra que en el momento actual, la tarea que nos queda por delante y más inmediata es esa conciencia de que no se puede hablar de mujer sino de mujeres, que nuestras luchas han de atender a la interseccionalidad, que todos los colectivos han de tener una respuesta a sus problemas y reivindicaciones.»

tantas candidatas, de perfiles diferentes a los de antaño, fuera de los lobbies de poder establecidos, y que, proviniendo del activismo, buscan traducir ese poder simbólico en poder político.

Nuestro país, históricamente no ha estado al margen de todo ello, mas al contrario. Si bien para la ciudadanía pudiera parecer que todo nació el pasado 8 de Marzo de 2018 donde España entera se movilizó, dicen que a la luz del contagio del movimiento MeToo, la lucha y el trabajo para que todo eclosionará ese día, ha sido fruto del trabajo de preparación de esa acción concreta con años de antelación, comenzando por las marchas contra la derogación de la ley del aborto

vigente para pasar al estadio anterior de la ley de supuestos del año 85, y que dio como resultado la dimisión del entonces Ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón, su principal valedor; pasando por la unión con las mujeres latinoamericanas impulsoras del NiUnaMenos; a través de las asociaciones de mujeres; de los colectivos profesionales, donde hay que hacer una especial mención al movimiento LasPeriodistasParamos, ya que, primero con su acción de huelga ese día, y en segundo lugar al darle visibilidad a la manifestación y organizarse a partir de ese momento con la firma de un manifiesto secundado por más de 8 mil mujeres, se puede observar cómo, en la agenda de los medios, el feminismo se

ha incluido de lleno. Dicho movimiento sigue activo, con réplicas descentralizadas regionalmente y permanentemente comunicadas a través de un grupo de Telegram que reúne a más de dos mil mujeres comunicadoras; con la plataforma de MujeresRTVE que tal como recoge su cuenta de Twitter se define como «movimiento amplio y acogedor al que puede sumarse todo aquel que apueste por una RTVE con perspectiva de género, de calidad e independiente»; con todos aquellos movimientos que son el resultado de aquella huelga y que llevan a cabo acciones dirigidas también a los hombres para que se adhieran a la cesión de sus históricos privilegios, como el manifiesto No Sin Mujeres, en el que académicos de Ciencias Sociales se comprometen a no acudir a mesas en las que no haya una paridad real en su composición.

Todas estas acciones simbólicas son las que contribuyen a que estemos ante un nuevo panorama esperanzador, no en vano Ana Patricia Botín se ha declarado incluso feminista, y en un estudio reciente denominado I Barómetro Feminista en España, elaborado por la empresa 40dB para la revista CTXT, presentado el pasado 8 de Noviembre de 2018 en Zaragoza en las I Jornadas Internacionales Feministas, el 52% de la población española ya se declara feminista. Aunque la autoidentificación con el feminismo pueda parecer irrelevante, no lo es en absoluto, porque tras un largo camino, parece que el término feminista y la comprensión de su significado, va ganando la batalla ante aquellos que quieren demonizarlo, y todo ello es fruto del trabajo incansable y permanente de muchas mujeres contra el postmachismo tan peligroso, que quiere instalarse entre nosotros, y al que debemos seguir atentas.

Todo esto muestra que en el momento actual, la tarea que nos queda por delante y más inmediata es esa conciencia de que no se puede hablar de mujer sino de mujeres, que nuestras luchas han de atender a

la interseccionalidad, que todos los colectivos han de tener una respuesta a sus problemas y reivindicaciones, tal como, el pasado 7 de Noviembre de 2018 y dentro del IX Congreso de Para el Estudio de la Violencia contra las mujeres, Ana Peláez, Vicepresidenta del CERMI (Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad), sentenció al decir «no formamos parte de la agenda de la discapacidad, no formamos parte de la agenda de las mujeres».

Para ello, además de luchar por el poder simbólico hay que tomar el poder político, pero velando por no caer en antagonismos falsos cuyo sentido es ofrecer una fractura interna dentro del feminismo, y más allá de ello una oposición que enfrente a la ciudadanía. Una verdadera democracia ha de tener en cuenta y saber conjugar la libertad y la justicia de las llamadas mayorías y minorías. Unas mayorías que a veces lo son en número pero que se convierten en minorías en cuanto se invisibilizan y no tienen voz, pues la mayoría tiene que ver con la influencia en todos los ámbitos, más allá del número de personas que la integran. Los gobiernos tienen que tomar partido, pero no basta solo con pedírsele, nuestra influencia se basa en el poder popular que puede surgir, y que ya ha empezado a hacerlo, a partir de la expansión de nuestras redes, penetrando en los ámbitos internacionales (comisiones internacionales, leyes supranacionales...), en los partidos políticos y sindicatos (ya sean mayoritarios o minoritarios), y consiguiendo intervenir en ellos para que sientan la necesidad de incluir los feminismos en sus agendas como clave que no puedan ignorar, porque así se lo exige la ciudadanía.

Por eso el avance ha de venir de la mano de la atención a todo ser humano pero sin poner el foco en la división, lo que nos ha de unir es el compromiso con los derechos humanos. Esa es la fortaleza de los feminismos, de los movimientos de mujeres, muy diversas, que estamos aquí para quedarnos, para trabajar

cooperativamente no dejando que nos enfrenten pues sabemos que el poder no es algo estático, sino que surge de la mano de la cooperación necesaria y se diluye en su fragmentación. Pero bajo esta idea debemos también ser precavidas, pues es bien sabido que otra manera de acabar con cualquier movimiento social es, en vez de establecer una confrontación abierta con el mismo, apropiarse de él para luego vaciarlo de contenido. Por ello hay que tener ojo avizor sobre quiénes se autoidentifican como miembros de los movimientos y cuáles son realmente sus actos, pues «lo personal es político». No se trata de erigirse en repartidoras de carnets feministas, pero sí de denunciar aquellas prácticas diarias que se contradicen con sus bases esenciales. Y es que, lejos del modo de liderazgo masculino unipersonal centrado en que se reconozca su valía como figura, nuestras formas han de ser diferentes, preocupándonos por el resultado de nuestras políticas, orientándonos en que sean efectivas, siendo inclusivas, capaces del consenso, y con un estilo distinto, y más productivo.

El gran reto es sin duda plasmar ese poder simbólico en influencia real, llevándolo a lo concreto, el gran peligro es no saber integrar y alejarnos de lo logrado provocando el rechazo que comienza a hacerse palpable en muchos foros, sobre todo masculinos, que nos ven como una

amenaza pues no somos capaces de hacerles entender cuáles son sus privilegios desde el inicio de los tiempos. Es necesario por ello, la construcción de nuevas masculinidades que permitan avanzar en la eliminación de la visión androcéntrica del mundo, pues el progreso y avance social viene de la mano de la eliminación de las desigualdades. Y la base fundamental de todo ha de estar sustentada en la educación, en la reglada, tanto con la introducción de la perspectiva de género en todas las materias, como con asignaturas específicas sobre igualdad en todas las etapas educativas, y en las manifestaciones culturales, donde los medios de comunicación tienen un papel crucial.

Como hemos querido sintetizar, las luchas feministas a lo largo de la historia han ido evolucionando, a los periodos de rápidos avances le han sucedido otros de parada e incluso de ciertos retrocesos, pero estos últimos han dado impulsos para propiciar con más fuerza el momento siguiente. Por ello debemos sentirnos felices y orgullosas de todo lo ocurrido este último año, pero también debemos ser conscientes de que la ralentización en los cambios se va a producir y no podemos caer en el desaliento, pues será entonces, si esto ocurre, cuando hayamos perdido de verdad la batalla. —

14

«El gran reto es sin duda plasmar ese poder simbólico en influencia real, llevándolo a lo concreto, el gran peligro es no saber integrar y alejarnos de lo logrado provocando el rechazo que comienza a hacerse palpable en muchos foros, sobre todo masculinos, que nos ven como una amenaza pues no somos capaces de hacerles entender cuáles son sus privilegios desde el inicio de los tiempos.»